

Otra estampa de Segovia es la típica plaza del Azoguejo, sobre la que cabalga la dentadura fabulosa del acueducto romano, osamenta articulada de un dinosaurio, pieza colosal armada por los Césares con dos órdenes de arcos gigantes, en cuya composición entró más el aire que la piedra. Sillares bajo los cuales cruzaron las cohortes de Instela y de Sertorio, los musulmanes de Almamón, que los destruyeron; los Tercios de Flandes con sus picas y arcabuces al hombro, los cañones de Napoleón camino de Madrid. Piedras que vieron abatirse imperios anteriores a Jesucristo ¡y orgullos y vanidades de un mundo remoto!, mientras ellas permanecían. Piedras que traían el agua a la ciudad cuando nadie se preocupaba aún de obras hidráulicas.

Y enfrente del acueducto, el mesón, donde la corriente turística extranjera confraterniza con la arriería castellana, bebiendo en porrón y comiendo a dentellones el cochinito asado, monumento gastronómico de Segovia.

Si caminamos lentamente por las callejas segovianas, percibiremos una calma imponderable, una apacible serenidad. Calles sombreadas por románticas iglesias, por vetustos palacios, donde el tiempo, a fuerza de quedarse quieto, se ha endurecido y se ha transformado en capiteles, en claustros, en gárgolas. Tiempo que va convirtiendo estas piedras en joyero de la ciudad. ¿Y qué diremos de sus plazuelas? Son tan silenciosas, tan místicas, tan sosegadas como la de San Esteban, o San Facundo, o San Lorenzo, o San Andrés, que brindan a sentarse en ellas y leer a Campoamor, a Gonzalo de Berceo o a Bécquer.

En la antigua calle Real, hoy de Juan Bravo, aparece la iglesia de San Martín con su teoría de arcos románicos al borde de la acera. Y lo mismo sucede en la plazuela destartada de San Esteban, con un claustro bellísimo abierto frente al palacio episcopal. Allí está en la calle citada el edificio de la antigua cárcel, bella estampa fortificada con cubos flanqueantes en las esquinas. Y muy cerca, el palacio gótico llamado «Casa de los Picos». Y la casa solar de este comunero víctima de Villalar, con arcos alcobados en su espléndida galería. Y el palacio de los Marqueses del Arco, frente a la catedral. Y los de Lozoya, Hércules, Rueda y Arias Dávila, con su torre majestuosa, a la que han encasquetado un ridículo apéndice.

Muchas más casas y palacios forman murallas en estas calles tortuosas, clivosas, mohosas, en las que en la noche parecemos que vamos a toparnos con los cuadrilleros del Santo Oficio, portando el farol y persiguiendo a los judíos remisos en bautizarse. O con algún caballero galán, de chambergo plumeado y tizona. Aunque en Segovia encaja mejor la lanza romana que la espada. La espada es más a propósito para Toledo, que le disputa a Segovia la melancolía de sus calles. Ambas ciudades son Castilla; pero Toledo está más cerca del moro.